

SOCIEDAD BOLIVARIANA
SIMÓN BOLÍVAR: MORAL Y LUCES
ALBERTO MENDOZA MORALES

José Martí lo dijo, “de Bolívar no se puede hablar con calma”. Fue un ser que nunca la tuvo. “De Bolívar sólo se puede hablar con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies”. Bolívar marcó su ciclo vital con la gloria que tanto invocó. Y aportó un enunciado esencial para la vida pública: “moral y luces son nuestras primeras necesidades”. Moral que es honradez, ética y decencia. Luces que son claridad, conocimiento, educación.

Bolívar fue un aristócrata caraqueño. Nació en el seno de una familia vascuence de séptima generación. Su intensa vida discurrió entre dos generaciones, la mayor, conservadora, pegada al *status* tradicional de la colonia; la joven, inquieta, atraída por las ideas de la Revolución Francesa y la dedicó al servicio de unas colonias pobladas por españoles y criollos. Por indígenas y mestizos. Por negros, zambos y mulatos. El destino anticipó para Bolívar una tarea gigantesca. Le impuso conducir en América una revolución armada, desarraigar del poder a los españoles y sufrir el rechazo de sus beneficiarios, los criollos, españoles nacidos en América. Qué oportuno recordar hoy, aquí, en esta Ilustre Sociedad, al Libertador. Y evocarlo con fuerza desde esta época de profunda crisis, de ética mermada, de educación deficiente.

Bolívar fue un ser menudo. Su pelo ensortijado, denunció el huracán que albergaba su cabeza. Los ojos, muy abiertos, mostraron percepción y vigilancia. La boca, voluntariosa, dejó ver su rigurosa obstinación. El retrato lo presentó aquí el Coronel Gentil Almario. Ese ser, de liviana apariencia, representó un arquetipo humano múltiple, pensador, estratega, luchador, militar. Ese hombre vivió azotado por una tempestad de sentimientos, manejó conocimientos amplios, escribió en prosa excelsa, recuerda, por cierto, la de Alberto Lleras.

El escenario en que actuó Bolívar tuvo dimensiones descomunales. Abarcó cinco naciones, 6 millones de kilómetros cuadrados. En ese territorio Bolívar recorrió más kilómetros que Marco Polo, que Colón, que César, que Napoleón. Desató una guerra a muerte que duró 7 años. Quiso, con ella, incorporar a la guerra a los indiferentes. Participó en 472 combates. Dirigió 34 batallas, triunfó en 18, lo derrotaron en 6, se retiró en 10. Su última batalla la dio en el Perú, en Junín. En realidad fue la penúltima. La última batalla la dio en Colombia, en San Pedro Alejandrino. Allí se ocupó angustiosamente en salir del laberinto.

No se puede hablar de Bolívar sin recordar a Simón Rodríguez su maestro, el humanista, el errante, el rebelde, el masón. Formó su corazón para la libertad. Le enseñó que “sólo la educación, es decir las luces, imponen obligaciones a la voluntad”. El Libertador siguió el camino que le señaló. “Usted sembró en mi alma la semilla de la independencia, el ideario del emancipador. Sus lecciones se

grabaron en mi corazón. No he podido borrar ni una coma de las sentencias que me regaló. Las seguí siempre como guías infalibles”

La vida de Bolívar se deja leer como un libro, por capítulos. Cada capítulo tiene nombre propio, Europa, la Campaña Admirable, Jamaica, Guayaquil, donde triunfó sobre San Martín, Angostura, la Campaña Libertadora. Cada capítulo muestra un episodio de su actuación política, cada uno ilustra un lapso de su devenir histórico.

Europa. Primera estación. Bolívar tenía 15 años. Alojado en la casa de Ustáriz, el marqués, aprendió historia y filosofía. Se ilustró en la biblioteca. La condición de autodidacta lo acompañó toda la vida. Regresó casado a Venezuela. La viudez, duro golpe, anticipó su destino abscondito. Fue un hecho misterioso. Quedó libre de obligaciones hogareñas. La tragedia la convertiría en epopeya.

Regresó a Europa. Vivió en París donde bullían las ideas en el aire público. Leyó a Locke, Condillac, Rousseau, Voltaire, Bentham. De Montesquieu gravó una frase: “Es más difícil sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar un pueblo libre”. Se puede decir al revés, es más fácil subyugar un pueblo libre que liberar un pueblo esclavo. Bolívar desafió el dominio de la religión. El saber no debe estar entorpecido por dogmas ni creencias religiosas. Abrazó la secularización. Entró a la masonería. Siguió a Bentham, “los gobiernos están para dar la mayor felicidad posible al mayor número de personas posible”. Leyó historia. Recomendó “comenzar su estudio por la época actual y de ahí retroceder hasta los antiguos tiempos de la fábula”. Habló con Humboldt. Lo oyó cuando dijo, “América está madura para la emancipación. Falta el líder”. Recogió el desafío. Acompañado por Simón Rodríguez, hizo en Roma el conocido juramento.

Bolívar regresó a Venezuela en el otoño de 1806. Partió de Hamburgo. Venía dispuesto a cumplir el juramento, independizar América. Hizo escala en los Estados Unidos. Desembarcó en Charleston, visitó Washington, Nueva York, Boston. En política exterior, Bolívar se adelantó a Monroe, el presidente que habló de “América para los americanos”. A Bolívar lo asaltó un presentimiento, “los Estados Unidos parecen llamados por la Providencia a plagar a la América de hambre y miseria en nombre de la libertad”. A Santander le aconsejó, “cuídese de los norteamericanos; son capaces de vender a Colombia por un real”. Los estadounidenses adoptaron el gentilicio de americanos como equivocadamente se les dice. Son estadounidenses. O usonianos como les propuso el arquitecto Frank Lloyd Wright.

Entre 1809 y 1811 comenzaron a formarse en América las Juntas de Gobierno. En Caracas, la Junta quería aliados “en quienes la esclavitud no hubiera relajado los muelles morales”. Ascendió a Bolívar a teniente coronel de infantería. En América las guerras y las guerrillas han tenido un rasgo común, buscan apoyo político y económico en el exterior. Siempre lo consiguen. Caracas envió una delegación a Inglaterra a buscar apoyo para la liberación. La formaron Andrés Bello, Francisco Miranda, Bolívar. Expusieron el caso al marqués de Wellsley, Ministro de Asuntos Exteriores. Los felicitó por la pasión que mostraban por la causa libertadora. La

cooperación inglesa se dio en dinero y en militares. Aquí peleó la Legión Británica. Fue significativa para la guerra.

Derrotado en Puerto Cabello, Bolívar se asiló en Cartagena. Redactó su primer manifiesto. Mostró su liderazgo intelectual, político y militar. América, dijo, es un inmenso país, variado, rico, populoso, desconocido. No somos indios ni europeos. Somos un pequeño género humano. Poseemos un mundo aparte. Somos una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles. “Los Estados Americanos necesitan gobiernos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra”. Deseo ver en América la más grande nación del mundo, más por su libertad y por su gloria que por su extensión y su riqueza. Recuperar a Venezuela es esencial para la libertad de toda la América del Sur. Bolívar puso en Cartagena la revolución en el sitio mas alto de la historia mundial.

Los chapetones eran españoles nacidos en España. Los criollos eran españoles nacidos en América. Bolívar dijo, mi lugar en el mundo depende de un objetivo: sacar a los españoles del poder y que lo asuman los criollos. Ocuparán los puestos de gobierno que los españoles les impiden ocupar. Aprenderán a gobernar. La Nueva Granada es el corazón de América. “La Nueva Granada debe marchar sobre Venezuela”.

Cartagena envió a Bolívar a la división que dirigía el coronel Pierre Labatut. El coronel lo envió a un pueblo en la desembocadura del río Magdalena. Se llamaba Barranca. Bolívar resultó organizando un pequeño ejército, unos doscientos hombres a medio armar. Allí comenzó una sensacional etapa de su vida militar, la Campaña Admirable. Significó el dominio militar triunfante. Vertiginosamente cumplió el tramo Barranca-Caracas. Tuvo que vencer dos dilatados espacios, parte del ardiente valle del río Magdalena y la cordillera oriental de los Andes. La Campaña Admirable, significó el dominio triunfante de un territorio ecuatorial. Aprendió geografía. Y lo dijo. “Mi primer deber es hacia el suelo que ha compuesto, mi cuerpo y mi ser, de sus propios elementos”.

El ejército, si así puede llamarse, subió por el río Magdalena. En Tenerife atacó. Sacó a los españoles. Anita Lenoit marcó, como una flor, ese primer punto de la campaña. En Mompós fue bien recibido. También en El Banco y en Chiriguaná. En Tamalameque dejó el río. Marchó hacia oriente a traspasar la cordillera a 2.200 m de altura cerca del páramo de Jurisdicciones. Su paso por Ocaña lo narró aquí doña Susana Awad de Ojeda. Bajó a la cuenca del lago de Maracaibo. Llegó a Cúcuta. Obtuvo autorización de la Nueva Granada para continuar la marcha hacia Venezuela. Avanzó hacia Mérida y Trujillo. Llegó triunfante al hermoso altiplano donde reposa Caracas, respaldada por La Guaira donde el mar Caribe golpea la costa de manera incansable. Había cumplido el guión que tenía desde que llegó a Cartagena. ¿Cuántas personas podrán decir, en Colombia o en Venezuela, que han recorrido en canoa, a pié y a caballo el tramo entre Cartagena y Caracas? Son 1.400 km. Los hechos libertarios llevaron a España a emprender la reconquista. Pablo Morillo fue el encargado. Condujo la sangrienta campaña.

Bolívar volvió a salir de Venezuela. Llegó a Jamaica. Tenía 32 años de edad, el alma encendida y el continente en la cabeza. En Jamaica escribió la carta, "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla". A Henry Cullen. Está fechada en 1815.

La carta muestra un proyecto de Estado, la república Suramericana. Denuncia el colonialismo absolutista administrado por los españoles. A los criollos los tenían en estado de infancia política, fuera de la administración del Estado, excluidos de los altos cargos, ausentes de la administración pública. No podían ejercer funciones de gobierno, ni ser virreyes, ni gobernadores, ni administradores, ni magistrados, ni financistas, casi ni comerciantes. Diplomáticos nunca. Arzobispos y obispos, pocas veces. Militares, sólo como subalternos. No podían, por tanto, adquirir la experiencia política y administrativa necesaria para manejar los asuntos públicos. Los criollos apelaban a la revolución sin experiencia en el manejo de los asuntos públicos. La imposibilidad de acceder a los cargos públicos y a las oportunidades económicas justificaban, según ellos, la rebelión.

Los criollos debían romper la discriminación, ser señores de la tierra y gobernantes asistidos por el derecho natural. Bolívar se alzaba contra el conservadurismo y la tradición. Proponía una línea ética y política de dimensión continental. Llamaba a los 16 millones de americanos a levantarse y defender sus derechos. La idea era unir a Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. En 1816 regresó a Venezuela. De pasó por Haití visitó a Petion, el presidente, quien le ofreció ayuda.

¿Cómo se organiza una nación? Bolívar lo mostró en Angostura, sobre el río Orinoco, en su discurso del 15 de febrero de 1819. Lo acompañó el granadino Francisco Antonio Zea,. Ante treinta y seis patriotas, en el Palacio de Gobierno, Bolívar pronunció el discurso de instalación. Habló durante hora y media. "Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta". "El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce la mayor suma de felicidad, la mayor suma de seguridad social, la mayor suma de estabilidad política". La nueva nación la integrarán el virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía General de Venezuela y la Provincia del Ecuador. Se llamará Colombia. Honor a Colón. Bogotá será la capital.

Colombia se organizó con los tres poderes de Montesquieu, Ejecutivo, fuerte y centralizado; estará regido por un presidente de elección popular, responsable ante el parlamento. Poder Legislativo, bicameral como en Inglaterra. Un Senado y una Cámara, conformados por "una élite virtuosa, dotada de sabiduría, con educación ilustrada". Y el Poder Judicial, una "magistratura independiente". Bolívar, añadió un cuarto poder: el poder moral "para formar al pueblo dentro de las virtudes políticas". Este poder no lo aceptaron. Nunca lo han aceptado. Nunca se volvió a hablar en el Congreso de moral. Bolívar fue nombrado Presidente de la república y Zea, vicepresidente.

Bolívar emprendió la Campaña Libertadora, fase final de la llamada guerra de la Independencia. Volvió a pasar los Andes, ahora de oriente a occidente, al revés de como lo hizo la primera vez. Salió de Mantecal, en los llanos de Casanare. Pasó por Guasualito y Arauca. En Tame se reunió con Santander y sus fuerzas. Abordaron el ascenso de la cordillera. Vencieron el páramo de Pisba a 3.900 m de altura. Bajaron. Dieron las dos conocidas batallas, Pantano de Vargas y Boyacá. Bolívar entró a Bogotá. Había recorrido a caballo 1.500 kilómetros.

Siguieron, luego, las batallas de Pichincha y Junín en el Perú. La de Ayacucho no la dirigió Bolívar por consejo de su Estado Mayor. Las fuerzas españolas doblaban en número a las fuerzas patriotas. No podían someter al Libertador a la posibilidad de una derrota. Ayacucho consagró a Sucre. Y a Córdova con su inmortal proclama: "Armas a discreción. Paso de vencedores". El triunfo de Bolívar llevó a los criollos al poder político y administrativo ¿Qué han hecho desde entonces con estas naciones? La pregunta queda planteada. La respuesta pendiente.

Bolívar fue centralista por realismo militar. Argumentaba que a Venezuela la había debilitado el federalismo más que los españoles. Y que la división los había tornado a la esclavitud. Recomendó evitar ese escollo. Y argumentó: "el sistema federalista no sirve para nuestras nacientes Estados. Exige virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros. Si no centralizamos, nos veremos envueltos en los horrores de las guerras civiles y nuestros enemigos tendrán todas las ventajas". No lo logró. Centralistas y federalistas chocaron en la Nueva Granada. Enfrentaron a Nariño, bogotano, centralista y a Camilo Torres, payanés, federalista. Ganó el centralismo. Las guerras civiles, todas inciviles, marcaron la historia de Colombia a lo largo del siglo XIX. Tomás Cipriano de Mosquera impuso el federalismo en 1863. El centralismo volvió en el 86 con Núñez y Caro. Hoy estamos en situación ambigua, abierta la historia para inscribir acciones nuevas, quizás un Estado organizado en forma regional, de acuerdo con la geografía y la etnología.

Bolívar propuso "una sola patria para los americanos". La seguridad debían basarla en "una política exterior con los países europeos, con los Estados Unidos y con la Gran Bretaña, potencia "necesaria en el presente, peligrosa en el futuro". Propuso un ejército para su defensa y un Congreso Anfictiónico para adoptar los acuerdos necesarios. Se reunió en Panamá una sola vez. No pudo asistir.

En 1826 Bolívar estaba en el punto más alto de su parábola vital. Era el árbitro de América del Sur. Presidente vitalicio del Perú. Presidente, por reelección, de Colombia. Requerido por el Alto Perú, nombre que habían cambiado por el de Bolivia en su honor, para que redactara su Constitución. Argentina demandaba su presencia en Buenos Aires para dirimir conflictos con el Brasil. Venezuela le ofrecía la corona. De Pasto a La Paz le ofrecían la diadema del Imperio de los Andes. Militares venezolanos le pidieron implantar el sistema monárquico de Napoleón en Francia. A ellos les contestó, "ni Colombia es Francia ni yo soy Napoleón".

Bolívar fue el primer revolucionario de América. Liberó esclavos, restableció resguardos indígenas, asignó tierra a los despojados, emprendió reformas tributarias anticoloniales, amparó las tierras baldías amenazadas por terrófagos insaciables, controló empréstitos extranjeros. Decía que “la soberanía reside en el pueblo y la fuerza en la opinión pública”. Semejantes declaraciones agitaron el subsuelo conceptual y político de los criollos. Hirieron a esclavistas, a comerciantes, a empresarios, a abogados, a latifundistas. No es raro que en Bogotá se hubieran organizado para conspirar contra Bolívar y hubieran tramado el atentado de la “nefanda noche” por fortuna fallido. Una segunda nota la puso aquí, alguien muy especial, Manuelita Sáenz.

La última batalla la dio El Libertador junto al mar. En San Pedro Alejandrino. Sus palabras finales llenan el aire. “Moral y luces son nuestras primeras necesidades”. “Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión”. “Los militares deben emplear su espada para defender las garantías sociales”. “He sido víctima de mis perseguidores: me han conducido a las puertas del sepulcro; yo los perdono”. “Vámonos, vámonos, esta gente no nos quiere ver en esta Tierra”. Y se fue. En la pequeña habitación donde murió, el reloj, sobre una pared blanca, marcaba la hora, la una de la tarde. Dos días después, al decir del doctor Antonio Cacia Prada, Anita Lenoit llegó a San Pedro Alejandrino.

Choquehuanca anticipó el devenir bolivariano: “Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina”. El Libertador, por su parte, dejó una síntesis autobiográfica: “Me tocó la misión del relámpago, rasgar un instante las tinieblas, fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío”. Dejó, además, un enunciado central: “moral y luces son nuestras primeras necesidades”. Un pueblo que quiera ser libre y fuerte, requiere ética. Y sus gobernantes, virtud. Si quiere ser instruido requiere luces, educación. Colombia necesita instituir el poder ético, la cuarta rama propuesta por Bolívar en Angostura. Entremos en la época de la cultura superior y de la moral republicana. Enarbolemos el precepto bolivariano, “Moral y luces son nuestras primeras necesidades”. El precepto tiene puesto legítimo en el alma de nuestra nación. Luchemos contra la corrupción. Impulsemos la educación. Organicemos el cuarto poder del Estado, el poder ético. Sería nuestro homenaje supremo al héroe inolvidable que nació en un día como hoy.

Bogotá, 24 de julio de 2009